

SEDGNICK, EDWARD

La Novela Metro-Goldwyn

Publicación semanal de argumentos
de películas de

Núm.

28

METRO-GOLDWYN-MAYER

:: y FIRST NATIONAL ::

25

Cénts.

Ediciones BISTAGNE -Pasaje de la Paz, 10 bis.-Barcelona

El Pequeño Cornetín

(THE BUGLE CALL, 1927)

Interesante producción, interpretada por

JACKIE COOGAN, CLARIE WINDSOR,
HERBERT RAWLINSON, etc.

EDITADA POR

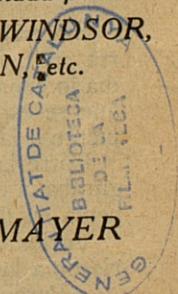
METRO-GOLDWYN-MAYER

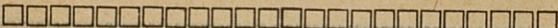
DISTRIBUIDA POR

Metro-Goldwyn Corporation

Mallorca, 220.—BARCELONA

J. MORTA, impresor. - Cortes, 719, Barcelona





El Pequeño Cornetín

Argumento de la película

Era en Wáshington, apenas terminada la guerra civil. El más importante acontecimiento del día lo constitúa la llegada del tren de las cuatro que se esperaba a las cinco y llegaba generalmente a las seis.

Entre las personas que debían subir a él, figuraba el capitán William Randolph, a quien despedía en la estación su novia Alicia Tremayne.

Varios compañeros fueron a saludarle y sonrieron a la linda mujer a la que no conocían.

—Perdonen, caballeros... pero acontece que la señorita Tremayne es mi futura esposa — les dijo el capitán.

Los otros militares se despidieron cortésmente. ¿Era posible que el capitán volviera a contraer matrimonio?

Una vendedora se acercó a ofrecerles flores. El adquirió un ramito para su novia.

Llegó después un muchacho trayendo varias cartas para el capitán. Este separó una y rasgó el sobre.

Querido papá:

Espero que pronto estarás de regreso. Nuestras tropas se vuelven perezosas desde tu marcha. Ayer cacé un jaguar pequeño y todos los días practico la trompeta.

Te echo mucho de menos tu hijo y camarada

Billy

P. S. Se me olvidaba decirte que las violetas que sembramos en la tumba de mamá se han secado, pero las rosas crecen de lo lindo.

El capitán sonrió, y dijo:

—¡Es un buen muchachito, Alicia!

—Dios le bendiga — contestó alegramente la joven —. Sé que voy a quererlo mucho.

—Debes hacerlo, Alicia. Mi Billy echa de menos el amor de su madre y es necesario que tú lo reemplaces.

El capitán era viudo desde un año antes. Habiendo conocido en la ciudad a la bella Alicia, acababa de pedirla en matrimonio. Y la joven se sentía complacida de unir su vida a la del bravo oficial.

El jefe de la estación gritó con voz potente:

—¡Pasajeros al tren! ¡Rápido de correo y pa-

sajeros!... ¡Cuarenta paradas entre Wáshington y Chicago! Pasajeros... t-r-e-n...

William se despidió de Alicia y le dijo cariñosamente:

—Te espero dentro de un mes.

—No faltaré. ¡Adiós, William!... Y mi cariño para tu hijo Biby.

Poco después partía el convoy hacia lejanas tierras...

**

El fuerte Hunson era una avanzada de los blancos en territorio indígena.

Dicho fuerte estaba mandado por el capitán William que había pasado unos días ausente de él, pero que no tardaría en regresar de Wáshington.

El hijo del capitán, Billy, que no contaría más allá de unos doce años, deseaba hacer ruda vida de soldado. Vestía de uniforme y tenía un cornetín reglamentario.

Los soldados reían del pequeñuelo que quería aparecer a toda costa como un hombre.

Una mañana, Billy, acompañado de dos soldados, corría con ellos a caballo logrando avanzarles un buen trecho.

—Vaya... sé guiar mejor el caballo que vosotros — les dijo —. Yo podría ir y volver y ganaros otra vez la carrera.

—No es extraño que hayas ganado — contestó un soldado —. Mi amigo y yo nos detuvimos dos veces a descansar.

—¡Qué gracia! También me detuve yo...

—Bueno, Billy. La diligencia en que viene tu papá se aproxima. Ya es hora de que formes tu escolta.

El muchacho no pudo reprimir su alegría y dijo a un labrador que paseaba:

—¡Mi papá regresa, Lucas! ¡Viva! ¡Cuánto me alegro!

—Dale un beso de mi parte, capitancito — contestó el campesino.

Billy formó parte de la escolta dirigiéndose hacia la carretera donde no tardó en aparecer la diligencia que conducía al capitán William.

Este saltó a tierra y abrazó estrechamente a su hijo. Luego, al verle vestido de soldado, le dijo, imponiéndole la ya disciplina necesaria:

—¡Atención, trompeta Randol! ¡Salude debidamente a su superior!

El niño cuadróse militarmente, contento de ello. William volvió a cogerle con cariño y siguieron juntos el camino.

Poco después llegaban a la casa que habitaba el capitán. Este comenzó a deshacer varios paquetes y le mostró una trompeta de juguete que Alicia le había entregado para Billy. También una peonza y una caja de soldaditos de plomo.

—El ser más querido entre mis amistades te los ha enviado, Billy...

El niño contempló los objetos con melancolía. ¡Qué poco le interesaban! ¡El, acostumbrado ya a hacerse el hombre mayor! Comparó

el cornetín de juguete con el que siempre llevaba sujeto al cinto y se echó a reir.

—Tu amigo ha debido creer que yo era un bebé...

—No vienen de parte de un hombre... te los envía una dama, Billy...

—Casi ninguna dama sabe el gusto de los muchachos....

Billy miró con melancolía un retrato del murro y añadió:

—Todas menos mamá... ella... ¡siempre sabía! ¡Ay, si volviera mi madrecita, la echo tanto de menos!

El capitán quedó serio... No se atrevió a decir a su hijo que estaba dispuesto a darle una madrastra.

Se alejó pausadamente mientras el pequeño echaba a un lado aquellos juguetes que no podían hacerle feliz.

Entretanto, en el local de la compañía varios grupos de soldados leían unos periódicos.

—Aquí están los diarios que trajo el capitán... sólo tienen tres meses...

Y uno de los soldados, un hombre ya viejo, comenzó a leer:

Advertencia.

Se ha celebrado un mitin para protestar contra los trenes que corren a más de treinta millas por hora, por ser perjudicial tanto a la salud como a la moralidad de los viajeros.

Las exclamaciones fueron unánimes ante aquella velocidad entonces excesiva.

—Los imbéciles esos pronto estarán tratando de volar — dijo un soldado.

—¡La humanidad se ha vuelto loca!

Luego vieron un retrato de mujer insertado en la prensa, el retrato de una señora que llevaba la falda a cinco dedos del suelo.

—¡Válgame Dios! ¡Las mujeres de este país están perdiendo el pudor! ¡Si siguen como van no tardarán en enseñar el tobillo!

—¡Qué indecencia! ¡Qué tiempos éstos!

—Si aquellos soldados llegan a ver los trajes de los ahora... se mueren del susto!

Pero todavía hallaron en la fuente inagotable de la prensa nuevas noticias de interés.

—¿Eh, qué es eso? Escuchad.

La sociedad de Washington ha sido agrabemente sorprendida por la noticia del compromiso de la señorita Alicia Tremayne con el capitán William Randolph, comandante del fuerte Rumson, de Wyoming.

—¡Pobre Billy! — exclamó un soldado —. ¡Me parece que no le agradará mucho tener madrastra!

—Seguramente que no... Lo siento por el pequeño...

Y aun siguieron comentando sin fatigarse las nuevas noticias que sucedían en el mundo

Unas horas después, el sargento estaba hablando con el pequeño Billy.

El niño mostraba a su compañero la trompeta que llevaba siempre encima. Era un cornetín reglamentario del que se había apoderado para lucir sus habilidades.

—Linda trompeta, ¿verdad, sargento?

—¡Muy linda... pero sólo un hombre puede tocarla! — respondió con severidad.

El pequeño se echó a reír y, después de imitar sus movimientos de hombre serio, le dijo:

—No tenga cuidado, sargento, que el día que la toque, no tendrá usted que aguzar el oído para oírla.

—¡Eso no lo harás nunca... y cuidadito!

El pequeño se alejó riendo y aquel día, después de cenar, metiése tranquilamente en la cama.

Era ya hora de silencio. Todo el mundo dormía en el fuerte o a lo menos... callaba.

De pronto, Billy tuvo una idea que le hizo sonreír. Levantóse cautelosamente, salió al patio y acercando el cornetín a los labios, comenzó a tocar la llamada de alarma.

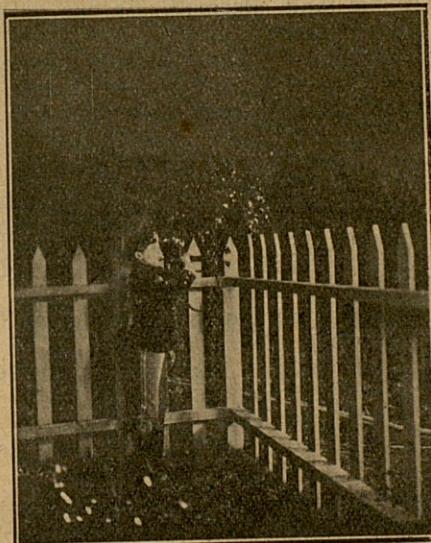
Billy volvió luego a su cuarto asomándose a la ventana.

¡Bueno... lo que allí pasó! Los soldados, creyendo en un ataque de los pieles rojas, se levantaron rápidamente, vistiéndose en un santiamén y saliendo al patio armados ya con sus fusiles.

Era el toque de guerra, de alarma, de peligro...

El sargento hizo poner en fila a los soldados. No podía tardar el capitán. Pero... ¿qué había

ocurrido allá? ¿A qué aquél toque de alarma? Nada parecía denotar cosa anormal. Envío unos



... comenzó a tocar la llamada de alarma.

soldados, para que inspeccionaran desde un montículo los lejanos puestos de los indios.

El sargento, extrañado, comenzó a pasear, y de pronto se fijó que en una de las ventanas estaba el pequeño Billy con un cornetín en la

mano. Inmediatamente sospechó si el chiquillo se había burlado de ellos.

Billy se echó a reir y dijo:

—¿A qué tanta alarma? ¿Es que no puedo tocar la trompeta?

—¿Has sido tú? ¡Vas a ver! —rugió el sargento—. ¡Voy a dar parte al capitán!

Billy, atemorizado, cerró la ventana volviendo a meterse en el lecho.

Los soldados habían presenciado de lejos la escena y comentaban.

—¡Apuesto cinco centavos a que fué Billy!

—¡Apuesto diez centavos a que fué Billy!

—¡Apuesto veinte centavos a que fué Billy!

Volvieron los emisarios diciendo:

—Los indios no dan señales de vida. Todos quietos en sus tiendas.

El capitán William salió a enterarse del insólito toque de trompeta:

—¿Qué ha ocurrido aquí? ¿Qué pasa?

El sargento, con rostro compungido, lo explicó:

—Fué una falsa alarma, capitán. Su hijito es tan travieso... Ha querido entrenarse en el toque de cornetín.

—Pues ya verá usted qué toque le daré yo... ¡Mañana ajustaré cuentas con él! —dijo.

Y, enfurecido, penetró en el cuarto de Billy que dormía, al parecer, tranquilamente.

Pero Billy, aunque con los ojos cerrados, estaba del todo despierto. Pensaba dónde descargaría su padre buena docena de azotes.

William le miró disgustado. Esperaría a la

siguiente mañana para castigar su conducta. Ahora, por la noche, no quería escándalos en el cuartel. ¡Vaya con el chiquillo! ¡No era poco atrevido!

**

A la mañana siguiente, cuando Billy salió de su pabellón, encontróse con el sargento y un piquete de soldados.

—Trompeta Randolph —le dijo el superior—, queda usted arrestado, acusado de graves responsabilidades... de turbar el sueño del ejército... y de provocar tumultos innecesarios. ¡Síganos usted!

El niño se echó a temblar. ¡Buena la había hecho! Y cabizbajo tuvo que ponerse en el centro del cuadro de soldados y seguir hacia el lugar del arresto.

Le llevaron a la cocina y el sargento dijo a un soldado con blanco mandil que afilaba dos largos cuchillos.

—Cocinero, aquí tiene al prisionero. Cuando le corte la cabeza hágalo de un solo tajo, para que no sufra.

Billy le miró tembloroso. El sargento con cómica gravedad, añadió:

—¡Y si le encuentra costillitas tiernas, prepárelas a la parrilla! Y adiós, Billy, pronto cambiarás tu trompeta por un arpa.

Se alejó el sargento, pero quedó espiando

cerca de la puerta, muerto de risa por el miedo que había hecho entrar al chiquillo.

Billy pronto se tranquilizó. ¡No era posible que su papá tolerase aquel asesinato! Y a



— pronto cambiarás tu trompeta por un arpa.

pesar del gesto fiero del verdugo casi se echó a reír.

Además había visto al sargento que espiaba a hurtadillas y tenía un risueño mirar. ¡Todo indudablemente era una broma!

El cocinero le dió un delantal y luego co-

giéndole del brazo le hizo sentar, mientras seguía afilando el cuchillo.

Apretó un botón y cayeron por una puertecita unos cuantos quintales de patatas.

— ¡Móndalas! — le gritó al chiquillo — . ¡Este es tu castigo!



— ¡Móndalas!... ¡Este es tu castigo!

Y alejóse de allí mientras Billy contemplaba espantado aquél montículo.

Con toda flemia empezó su trabajo mientras el cocinero cantaba alegremente al son de una guitarra.

El niño, que estaba ya bastante nervioso con

su trabajo, tenía los nervios saltarines escuchando la música.

—¡Oye! — le dijo de pronto — Si quieras rebuznar, ¿por qué no te vas a la cuadra?

—¡Sinvergüenza! ¿Quieres ver cómo te degüello?

—¡Hazlo!

—¡Ah, si no fueras el hijo del capitán!

Entraron unos chicos, y viendo a Billy le dijeron:

—¡Billy va a ser un hijastro! ¡Va a tener una madrastra... una madrastra! ¡Padre nos lo ha dicho!

El pequeño se levantó, su rostro ensombrecióse rápidamente.

—¿Qué decís?

—¡Se va a casar! ¡Se va a casar! ¡Tu papá se va a casar! — repetían con cierta inconsciencia cruel.

Se alejaron de allí mientras el pobre Billy quedaba dolorido por la inesperada noticia.

Quitóse repentinamente el delantal y salió de allí a pesar de las protestas del cocinero. Quería ver inmediatamente a papá.

Encontró a éste en el comedor de su casa. El capitán iba a reñirle por haber escapado del arresto, cuando Billy le soltó a boca de jarro:

—¿Es cierto que te vas a casar, papá? Tú no harás eso, ¿verdad que no?

El militar le contempló entristecido y luego dijo:

—Es verdad, Billy. He debido decírtelo yo

mismo, pero no había encontrado manera de hacerlo.

El niño le contempló con tristeza. Sus ojos miraron el retrato de la madre muerta.

—No te disgustes, Billy. Cuando crezcas, lo comprenderás. ¿No crees que lo he pensado bien?

—Nunca podrá haber otra madre como la mía.

—La que voy a darte es una santa mujer.

—Dile que no venga, papá. No, no hace falta nadie; tú y yo, dos hombres, bastamos.

—¿Qué entiendes de eso, pobrecito? Verás qué buena es tu nueva madre.

Y le dió un beso, que no logró aplacar las iras del muchacho.

Pasaron unas semanas. El día que llegó la futura madrastra fué el peor y el más infeliz en la vida de Billy.

Un oficial y el niño habían ido a mitad del camino a recibir la diligencia en la que venía la bella Alicia Tremayne.

Llegó el carroaje y saltó de él la hermosa Alicia. El oficial la saludó cortésmente y dijo:

—El capitán Randolph la presenta sus excusas, señorita Alicia. Una conferencia con los indios le ha impedido venir a recibirla.

La joven sonrió y luego contempló al pequeño soldadito. Vió en él los mismos rasgos de William.

Billy, con rostro compungido, dijo:

—Mi padre me ordenó servirle de escolta... por eso tuve que venir.

—¡Oh!, ¿tú eres Billy? ¡Qué soldadito más encantador!

Y abrazó al pequeño que siguió mostrándose huraño y frío.

—¿Recibiste la trompeta que te envié?

—Sí, señorita — contestó fríamente—, pero esa no es la trompeta que prescribe el reglamento para nosotros los de caballería.

—Do modo, que eres todo un soldado. ¡Muy bien, señor militar!...

La comitiva se puso en marcha. Tristemente Billy montando a caballo, siguió la diligencia en la que iba la joven... ¡Qué amargos pensamientos cruzaban por la imaginación de él!

Mientras tanto, el capitán William Randolph esclavo de su deber, había ido al campamento indio a sostener una entrevista con uno de los principales jefes.

El indígena le suplicaba una merced por medio de un intérprete.

—“Oso Rengo” dice que su tribu no quiere permanecer confinada más tiempo. Sus guerreros están haciendo demostraciones hostiles.

—La tribu de “Oso Rengo” no puede salir del terreno donde está confinada — respondió el capitán—. El “Gran Padre Blanco” exige que cumplan sus tratados de paz.

El indígena se inclinó, pero en sus ojos flotó una luz de duda y descontento. El capitán pensó que era preciso vivir atento.

Regresó al campamento, deseoso de hablar con la bella Alicia.

Mientras tanto, el pequeño Billy y el oficial cabalgaban al lado de la diligencia hacia el fuerte.

La muchacha viendo la arrogante postura del niño, le dijo:

—Apuesto a que te diviertes mucho haciendo de soldado.

—Sí, señorita...

—Eres la imagen de tu padre...

—Pues todos me dicen que me parezco a mamá...

Alicia viendo que pasaban unos jinetes indios sacóse un pequeño revólver y apuntó con dirección a ellos.

Billy se echó a reir y dijo:

—Este chisme no haría daño a nadie... Además, estos indios son dóciles.

Alicia guardó la pistola en el bolsillo.

—Mi madre no temía a los indios — siguió diciendo el pequeño con intención de hablar de mamá a aquella mujer que quería sustituirla—. Ni a los indios... ni a las culebras... ni a nada... ¡Era muy valiente!

—Estoy segura de que lo era, Billy — agregó conciliadora—, de otro modo no hubiese tenido un hijo tan bizarro.

Llegaron a la casa donde Alicia iba a hospedarse. Billy se despidió de la joven.

Y poco después el capitán William se diri-

gía a visitar a su novia. Concertaron la boda para el día siguiente.

¡Estaban los dos tan anheloso de dulce felicidad!

**

El día en que se celebraron las nupcias del capitán Randolph y Alicia, fué el segundo peor y más infeliz día en la vida de Billy.

Cenaron ya los tres juntos, en familia. Billy no lograba hacerse a la idea de que alguien ocupaba ya el puesto de su mamá. Vió que William y Alicia se besaban y rechinó los dientes de rabia. ¡Aquella intrusa!...

Nada dijo a su madrastra, al comenzar a comer. El capitán que vió esta actitud, dijo:

—Billy, ¿cómo ha sido eso, no has saludado a tu madre?

El pequeño, a la fuerza, le dió un frío beso.

—Quizás Billy prefiera darme otro nombre que el de madre! — dijo Alicia.

—Pues mi deseo, Billy, es que la llames madre — agregó el capitán.

—Está bien...

Y siguió comiendo, sin mirar a nadie, tomando rápidamente los alimentos, con una prisa inusitada.

—No tan aprisa, Billy — gritó el militar, enfurecido. — No olvides tus modales.

Alicia fué para servirle pero el chiquillo, in-



Concertaron la boda para el día siguiente.

dignado, le rechazó la fuente, quitóse la servilleta y marchó del comedor.

La pobre joven se echó a llorar ante el des-

precio del pequeño. El capitán estaba enfurecido.

—Perdónales, niña. Estoy seguro de que Billy no ha intentado ofenderte, vida mía.

Ella enjugó sus lágrimas, pensando que su bondad y su alegre corazón trocarían la hostilidad del mocito en una simpatía franca y cordial.

Billy se había encerrado en su cuarto. En la penumbra le pareció ver que el retrato de su madre puesto en la cabecera de su cama, adquiría movimiento, y que la mamá jugaba con él como en aquellos días tan felices... Se divertía con su hijo que quería enredarle una madeja y los dos reían de su travesura.

¡Qué tiempos aquellos! El niño al pretender abrazar en el espacio a su madre se dió cuenta de la ilusión... ¡Cuánto había soñado! ¡Y la madre no volvería nunca más! ¡Y en aquel hogar otra mujer ocuparía el lugar de la pobreca muerta!

Pasaron unos días durante los cuales siguió la frialdad por parte de Billy con respecto a su madrastra que se esforzaba por aparecer amable y complaciente con el chiquillo.

Cada día le pareció peor a Billy y el de Navidad le pareció el peor de los peores.

En el cuartel, el capitán y su esposa preparaban el gran árbol de Navidad, cargado de objetos y regalos para obsequiar a los soldados.

Los soldados guiados por el sargento llega-

ron ante el cuartel y comenzaron a dar una serenata a su jefe.

—Cantémosles un villancico bien alegre!
Y todos al unísono, entonaron:

*Gloria a Dios en las alturas,
Paz y amor entre la grey
Sin dolores ni amarguras.
¡Que ha nacido el niño Rey!*

Entraron luego todos. El capitán y su esposa repartieron objetos entre sus soldados. De pronto el sargento exclamó:

—¿Y dónde está Billy, mi capitán? Los trompetas han pedido a Billy que marche al frente de ellos esta noche.

—Es verdad, ¿dónde se ha metido el chiquillo? — dijo el capitán.

—Probablemente se ha quedado en casa. Voy a buscarlo — contestó Alicia.

Y marchó hacia el cercano pabellón donde habitaban el capitán y su familia.

Pero el niño tampoco estaba allí. Alicia, un poco intranquila, regresó al lado de su marido.

La noche era fría, de copiosa tempestad de nieve.

—No lo encuentro en ninguna parte —dijo Alicia, atemorizada—. ¡No está en casa! ¡Ha desaparecido!... ¡Se ha marchado!

El capitán se asustó.

—¡Muchachos — dijo a los soldados—. ¡Bi-

lly ha desaparecido! ¿Quién se ofrece voluntario para hacer una batida?

Y ni uno solo se negó... Todos querían ir a pesar de la terrible noche de invierno en busca del pequeño Billy. ¿Se habría extraviado? ¿Qué habría podido ocurrirle?

Se dispersaron en varios grupos. Iban provistos de linternas. La nieve azotaba despiadadamente sus rostros. El capitán, Alicia y varios soldados buscaban también afanosamente por los caminos.

Así anduvieron media hora... Comenzaron a perder las esperanzas de encontrar a Billy.

¡Qué gran desgracia, Dios mío! ¡Si habría sido sepultado por el aluvión de la nieve!

Mas de pronto uno de los soldados descubrió un maletín.

—¡Es el maletín del chico! —dijo—. Billy no puede estar muy lejos de aquí...

Se hallaban cerca del cementerio rural. Con linternas proyectaron luces sobre el cendal de la nieve. Y descubrieron junto a una tumba, un cuerpo humano cubierto ya por una capa blanca de bastante espesor.

Alicia y el capitán lo levantaron. Era el pequeño Billy, aterido, desvanecido, que estaba junto al sepulcro de su madre.

—Niño... niño!

Alicia leyó la inscripción de la lápida:

Cordelia Randolph. 15 de Agosto de 1858.

Un esposo dolorido y un hijo amante lloran tu pérdida.

—¡Pobre Billy! —dijo Alicia—. ¡Ha querido rezar ante la tumba de su madre!

Billy había pretendido huir de la casa, pero al musitar unas oraciones ante la tumba de la buena mamá, quedó allí desmayado a consecuencia de la nieve y del frío...

De no haber llegado oportunamente a salvarle, hubiese encontrado allí la muerte.

Le arroparon cuidadosamente; y Alicia, con ese instinto maternal que hay en todas las mujeres le acogió en sus brazos, abrigándole con su calor.

El pequeño reaccionó y, despertando, dijo:

—Madre querida!

Soñaba todavía en la verdadera madre.

—¿Me ha llamado madre? —dijo Alicia, emocionada—. ¿Lo oíste, William?

—Sí, Alicia... sí! —dijo el capitán emocionado.

Ella agregó, arropando más y más al pequeño:

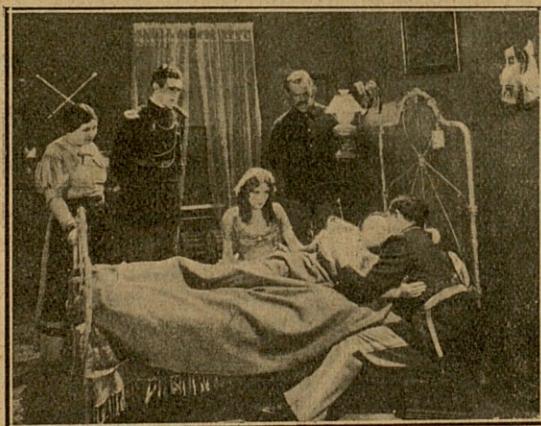
—Tu madre está aquí... Billy... aquí... a tu lado!...

Volvieron todos al fuerte. El niño tenía fiebre... Tuvo que guardar cama para rehacer su salud.

Billy seguía desvariando a consecuencia de la altísima temperatura. Su padre, Alicia y algunos militares rodeaban su lecho...

El pobre niño pensaba que Alicia era su ma-

dre y en el delirio de la fiebre veía en Alicia a la dulce señora que le diera el ser. Sus manos se tendieron hacia ella, pero la lucidez volvió a su mente, y se convenció de que era su madrastra.



Billy seguía desvariando...

Entonces se echó a llorar...

Desconsolada, Alicia, comprendiendo lo que pasaba por el alma del pequeño, se alejó de la habitación.

Fué al comedor. Allí contempló los objetos

que ella y William tenían dispuestos para regalar a Billy en la noche de Navidad.

Alicia le regalaba una bella trompeta. Sobre ella había colocado un letrero:

Para Billy, con todo el cariño de su madre.

Vió luego un fusil, regalo del padre... La pobre muchacha sintió una gran tristeza...

Rompió a pequeños pedacitos la tarjeta del regalo de ella... y lloró viendo que jamás podría sustituir en su amor a la verdadera madre muerta.

**

El buen tiempo de Abril limpió de nieve las praderas. El invierno dejaba su paso al hermoso tiempo primaveral.

Con el dulce sol se restableció Billy, y ahora volvía a corretear alegremente por el fuerte. En su alma seguía el culto a la madre muerta, pero se resignaba a permanecer junto a Alicia, siempre humilde y buena para con él.

Un día presentóse ante el capitán William un soldado gravemente herido. El oficial le tomó declaración.

—¿Está usted seguro de que fué la tribu de “Oso Rengo” la que le atacó?

—¡Y tanto, mi capitán! ¡Vi perfectamente los indios!

—Entonces... es preciso ir a castigar a esa gente y hacerle sentir el peso de la ley...

Dió orden el capitán de que se preparase la compañía para salir al campo.

Una hora después todos los soldados estaban dispuestos para la partida. Cuando Billy se enteró de la expedición quiso partir con ella.

—¡Eh! — le dijo al sargento. — ¿Qué es eso de marcharse sin mí?

—Tú te quedas con las mujeres — contestó el sargento. — ¡Únicamente vamos los hombres!

Billy quiso protestar, pero la intervención del capitán fué decisiva. Debía quedarse con Alicia y cinco o seis soldados que guardarían el fuerte.

Se despidió William de su esposa y de su hijo, y luego dijo a éste como si fuera un camarrado más:

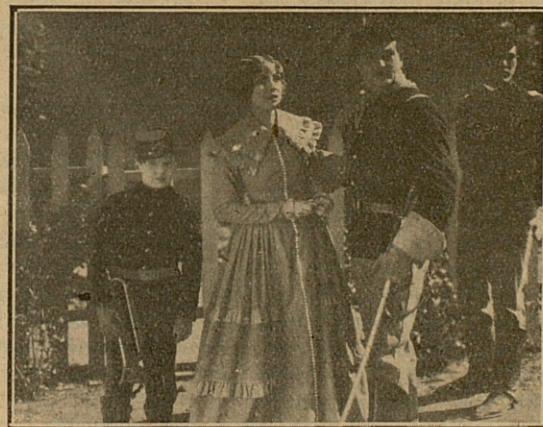
—Cuida a tu madre por mí, Billy. Y ten presente que nadie salga del fuerte.

—¡Bien, papá! — dijo el niño, entristecido.

Y vió con admiración cómo entre nubes de polvo marchaban los soldados hacia el campamento de los "Oso Rengo".

Unos indios, desde una montaña, observaban la marcha de los soldados, viendo que el fuerte quedaba casi sin vigilancia. Era el momento de atacarlo. Y corrieron a advertir al resto de sus guerreros.

El niño, un poco triste porque sentía en su alma el deseo de ir a la guerra, se paseaba por la plaza. Un soldado viejo llegó a él y le dijo con melancolía:



Se despidió William de su esposa y de su hijo...

—Diantre, a mí, el mejor guerrero contra los indios... me dejan cuidando faldas...

—¡Y a mí, el mejor trompeta de todos los trompetas... mi padre me deja cuidándole la esposa! — exclamó Billy.

—Parece mentira...

—¡Es una pena! Pero en fin. Hay que obedecer... Y voy a ver dónde está mi madrastra.

No encontró a Alicia por ninguna parte. Comenzaba a alarmarse. ¿Qué diría su padre ante la poca vigilancia?

Salió al exterior del fuerte y en un cercano bosque descubrió a la linda Alicia.

La miró tristemente y dijo:

—Las órdenes de mi capitán son de que nadie salga del fuerte.

—Me aburria tanto allí dentro, Billy. He salido a respirar.

—¿No sabe usted que la esposa de un soldado tiene que obedecer órdenes? — exclamó severamente.

Pero ella no le oía... ¡Tenía en el alma una tristeza tan honda! Veía a aquel muchacho al que ella había querido amar como a un hijo tratarla con una dureza casi agresiva. ¡Oh, nunca le querría él, nunca!

Unas lágrimas resbalaron por su rostro.

—Pero... ¿lloras? — le preguntó Billy.

—Sí, estaba pensando, Billy, en que quizás serías más feliz si yo me marchase.

El pequeño calló, sorprendido. No osaba responder. Le invadió una repentina lástima por aquella joven.

—¿Lo serías? — volvió a repetir Alicia.

—No sé...

En aquel instante sonó un tiro...

—¿Qué es eso?

El niño oteó el horizonte y vió a una nume-

rosa legión de indios que avanzaban hacia el fuerte.

—¡Oh, los indios! — dijo —. ¡Venga!... Nos ocultaremos en la cueva!... ¡Tengo allá un revólver... y balas... y de todo!

Asustada, Alicia le siguió yendo a esconderse con él en una cueva.

Desde allí al propio tiempo que estaban seguros, contemplaban el ataque indígena contra los soldados.

Estos eran pocos y se defendían bravamente contra la invasión de enemigos.

—Van a vencerlos — gimió el niño —. Y mi padre con todos los hombres fuera... lejos... Pero... tengo una idea... ¡Tocaré la trompeta y los indios creerán que el escuadrón regresa!

Alicia le contempló con miedo. ¡Qué valiente era el chiquillo!

El pequeño Billy salió de la cueva y montando en su caballo huyó en dirección al fuerte.

Cerca del mismo, desde lo alto de una montaña, hizo sonar el clarín de su trompeta de guerra a los cuatro vientos...

Los indios con "Oso Rengo" a la cabeza, suspendieron el ataque ante el sonido del cornetín.

—¡La trompeta suena! — dijeron —. ¡Los soldados regresan!

Y abandonaron el ataque del fuerte emprendiendo rápida huída hacia la montaña.

Vieron a Billy y le persiguieron... Al llegar

sus jinetes a lo alto del monte comprendieron que no aparecía el ejército enemigo.

—Averiguad quién ha tocado la trompeta —dijo el jefe a sus hombres—. Y llevadlo a mi presencia.

Billy corría desesperadamente seguido por un grupo de indígenas mientras el resto del ejército de pieles rojas volvía a caer sobre el fuerte.

Alicia en su cueva rezaba a Dios por el niño y la victoria.

Pero Billy seguía galopando... Su trompeta hendía los aires con agudas notas de socorro.

Y el sonido de aquel llamamiento llegó hasta el grueso del escuadrón que estaba acampado en la otra parte del monte, buscando inútilmente a la tribu de los "Oso Rengo".

—¡La llamada! —dijo el capitán William—. ¿Qué debe ocurrir? Volvamos inmediatamente hacia el fuerte...

Emprendieron veloz galope y en el camino de retorno hallaron a Billy que seguía en su angustiosa fuga.

—¡Hijo mío!...

—¡Padre! ¡Los indios atacan el fuerte!...
¡Corramos!

Los indígenas que habían perseguido a Billy volvieron grupas, y el escuadrón avanzó como un alud hacia el fuerte.

La lucha fué corta. Los pieles rojas al darse cuenta de la presencia real de los soldados,

huyeron despavoridos, no sin que mordieran muchos de ellos el polvo.

Y el fuerte fué mantenido gracias a la estratagema del pequeño cornetín.

El capitán y Billy fueron a la cueva donde estaba Alicia y esta muchacha, conmovida por el acto de Billy, le dijo abrazándolo fervorosamente:

—¡Billy, te has portado como un valiente!
Y le besó con lágrimas en los ojos.

El pequeño se conmovió. Vió aquellas lágrimas... cómo aquella mujer le llenaba de besos y exclamó, lleno de íntima emoción:

—¡Oh, ahora sí que te pareces a mi madre y por eso te quiero mucho! ¡Tú serás mi mamá desde hoy!...

Y viendo aquellos transportes de verdadero júbilo que le recordaban los de la pobre muerta, se sintió feliz y acarició también a su padre, el capitán, que sonreía ante la reconciliación.

FIN

PRÓXIMO NÚMERO:

La emocionante novela

HONRA DE MUJER

por Corinne Griffith, Percy Marmont, etc.

A CONTECIMIENTO

en las selectas Ediciones Especiales de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

EL REY DE REYES

Haga sus encargos a su librero inmediatamente.

Sea usted coleccionista de la Biblioteca
«Nuestro Corazón», la mejor publicación de
novelas sentimentales.

ACABA DE APARECER:

ALAS ROTAS

bellísimo asunto original del culto escritor
Andrés Bayón Belio,

Precio: UNA PESETA

Exclusiva de venta para España:

Sociedad General Española de Librería, Diarios,
Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barberá, 16 - MADRID: Ferraz, 21 - IRÚN: Ferrocarril, 20

Ediciones
BISTAGNE